



XI

EN lo alto de una suave colina que, como á una legua de Toledo, se alzaba en el camino antiguo de Madrid, esperaban los comisionados que habían salido á recibir al Arzobispo; la Ciudad, en primer término, con el Justicia mayor y los Regidores al frente; el Cabildo catedral con sus Canónigos y dignidades; el clero todo con sus cruces parroquiales al frente; las Comunidades religiosas, muchos nobles y caballeros principales y muchedumbre inmensa de pueblo.

No existían entonces los rápidos y exactos avisos del telégrafo, y como se sospechase que el Arzobispo intentaba entrar en Toledo de noche y á escondidas para evitar las algazaras y triunfos del recibimiento, apostáronse á lo largo del camino cuadrilleros de la Santa Hermandad que vigi-

lasen todos los pasos de Fray Francisco y avisasen con frecuentes y prontos correos la altura á que se hallaba en su viaje.

Súpose, al cabo, que el Arzobispo emprendía su última jornada á las dos de la madrugada, debiendo llegar de seis á siete de la mañana al paraje en que le aguardaban.

Adelantaba el día; el sol comenzaba ya á picar, y, cansados los toledanos de tan larga espera, apeábanse de mulas y caballos y guarecíanse á la sombra de los árboles, haciendo comentarios, no siempre benignos, sobre la tardanza del Arzobispo.

Interrumpió, al fin, aquellas murmuraciones, propias siempre del que incómodamente espera, el galope de un caballo que entre nubes de polvo se acercaba. Era el último de los cuadrilleros apostados, Ximén Soda, que venía á dar aviso de que el Arzobispo estaría allí antes de un cuarto de hora.

Apresuráronse todos á montar á caballo y á dividirse ordenadamente: el Justicia mayor, los nobles y las dignidades de la catedral al frente; los Regidores, con sus ropas talares de terciopelo negro y sus varas en las manos, á la izquierda, y á la de-

recha los Canónigos, montados en soberbias mulas, teniendo cada uno detrás dos criados vestidos de escarlata; el clero secular iba en medio con sus cruces parroquiales en hilera; detrás, las Comunidades religiosas, y, últimamente, el pueblo dividido en dos alas á uno y otro lado del camino.

Traspuso, al fin, una loma frontera que cerraba el horizonte una procesión de doce religiosos, seguida de un tropel de gente miserable; venía delante un franciscano, llevando la Cruz pastoral, y detrás de todos, otro más anciano montado humildemente en un pollino.

Al divisarle los toledanos adelantáronse ordenadamente cantando todos el *Benedictus qui venit in nomine Domini...*

La esquila de una ermita que había en un montecillo, á la izquierda, comenzó á repicar alegremente; el día era espléndido, y el cielo, diáfano y sin una nube, parecía una inmensa turquesa.

Acercábanse mutuamente las dos comitivas, y cuando estuvieron á la mitad de la distancia que las separaba, detúvose la del Arzobispo, apeóse éste del pollino y aguardó á pie quieto á que los toledanos se acercasen.

Rodeáronle los pobres que había recogido á lo largo del camino y que le cercaban agitando ramas verdes, como si quisieran imitar la entrada triunfal del Salvador en Jerusalén el Domingo de Ramos.

Al detenerse los toledanos ante el Arzobispo hízoles éste una profunda reverencia; apeáronse ellos y doblaron las rodillas para recibir la bendición; entonces, irguiendo Fray Francisco su alta estatura, con sobrehumana majestad dióselo por tres veces: una al frente, otra á la derecha y la tercera á la izquierda.

Abrazóles luego uno á uno, y para todos tuvo palabras de cordialidad y de afecto. «Venía el Arzobispo, dice el Licenciado Vallejo, testigo ocular de este recibimiento, en su jumentillo de siempre; su vestido era su hábito y manto con muceta y sombrero del mismo color. Venía descalzo, sólo con unas sandalias de la Orden, descubierto todo el pie, imitando siempre su profesión y regla.»

Traían los del Cabildo preparada para el Arzobispo una mula parda con modestos jaeces, y á ella subió el Prelado para hacer su entrada en Toledo entre el repique atronador de todas las campanas y las

aclamaciones del pueblo, que á una voz le proclamaban santo...

En el atrio de la catedral diéronle á adorar el *lignum Crucis*, que en magnífico relicario allí se conserva; trajéronle después el libro de los *Estatutos y privilegios* de aquella santa iglesia primada, y él juró observarlos, antes de traspasar el umbral, según era costumbre. Hizo luego una breve oración, ya dentro del templo, al pie del altar mayor, y desde el mismo sitio bendijo solemnemente al pueblo.

Retiróse entonces á su palacio seguido de la muchedumbre, entre la cual repartió gran cantidad de maravedises de plata y de exquisitos panes amasados aquel día al efecto.

No bien estuvo el Arzobispo en posesión de su diócesis, comenzó á poner en práctica con su incansable y ordenada actividad los planes y proyectos que tenía ya imaginados y decididos, y lo primero que hizo fué el cálculo exacto y escrupulosa división de sus rentas.

Pasaban éstas por aquel entonces de doscientos mil ducados, y esta suma, enorme para aquel tiempo, dividióla en cuatro partes iguales: dos de ellas, es decir, la mitad

de sus rentas, dedicólas indefectiblemente, durante todos los días de su vida, á limosnas á pobres de todas clases, hospitales, casas de misericordia y de niños expósitos, por los que siempre mostró Cisneros grande compasión y ternura.

De las otras dos cuartas partes dedicó, la una para obras pías del culto de Dios y del bien público, y reservó la restante para sostener los gastos de su casa; mas como éstos eran mezquinos, y, por otra parte, tenía prohibido severamente el Arzobispo distraer un solo maravedí de los fines á que destinaba las otras tres cuartas partes, sucedía con frecuencia que cualquiera obra impensada de caridad ó de piedad que no estaba en el presupuesto, se sufragaba con la parte reservada á los gastos de su casa, resultando de aquí casi siempre empeñado ó alcanzado en lo que á su parte tocaba el caritativo Arzobispo.

Fué singular el orden que el Arzobispo estableció en su palacio, y desde luego mereció los elogios entusiastas de unos, las sátiras y críticas acerbas de otros y el asombro y admiración de todos.

Despidió de su servidumbre á todos los pajes, mayordomos, maestresalas y demás

criados de honor que, á imitación de la Casa Real, existían entonces en todos los palacios de los Grandes, y trajo en su vez diez frailes escogidos de su Orden que le servían en estos cargos y le ayudaban además á rezar en coro el oficio divino, con tanta puntualidad y fervor como pudiera hacerse en el coro del más observante de los conventos.

Desterró de sus habitaciones todos los tapices, alhajas y ricos muebles, y sólo dejó en su alcoba una tarima con ruedas, en la cual dormía sin desnudarse el hábito, teniendo por cabecera un gran leño envuelto en una manta.

En la cocina guisaban una comida modesta, pero abundante, sana y nutritiva é igual en todo á la del Arzobispo, para treinta pobres que comían diariamente en el palacio, sirviéndoles muchas veces el mismo Cisneros.

Su método personal de vida durante todo su pontificado fué siempre el mismo, sin vacilaciones ni desfallecimientos hasta los ochenta y dos años de su edad, que se le acabó la vida.

Levantábase en todo tiempo á las dos de la madrugada, y acto seguido hacía tres

horas de meditación, lo cual llamaba él su *consulta* con Dios; porque á solas con su conciencia y á los pies del Crucifijo, repasaba entonces todos los puntos que debía resolver aquel día, así en el gobierno de su diócesis como en el del Reino, cuando lo tuvo, meditando las soluciones y pidiendo á Dios humildemente le inspirase las más acertadas y acordes con la justicia y el bien público.

Confesábase después diariamente para prepararse al Santo Sacrificio de la Misa, que celebraba con grande pausa y devoción.

Á las siete salía á su despacho para recibir las visitas y tratar los negocios de particulares, lo cual hacía de esta manera:

Había en medio de la estancia una gran mesa cuadrada y abierta encima una Biblia, en la que encontraba leyendo al Arzobispo todo el que iba á visitarle.

Si era persona cuya jerarquía le daba derecho á silla, dásela cortésmente; si no lo era, dejábale en pie y escuchábale paseando, mas en todo caso despedía al visitante no bien despachaba la petición ó consulta y volvía al punto á la lectura de su Biblia, evitando así la pérdida de tiempo

en comedimientos vacíos ó comentarios inútiles.

Duraba la Audiencia hasta las once, y á esta hora, y por vía de distracción y recreo, tomaba la lección á los pajes nobles que, por orden del Papa, más adelante tuvo, y á los cuales hacía dar tan sólida y brillante educación, que muchos de ellos salieron hombres eminentes.

Á las doce en punto era la comida, y durante ella tenían lugar aquellas famosas disputas que sobre puntos teológicos ó místicos, filosóficos ó canónicos, sostenían los teólogos de cámara del Arzobispo, las cuales adquirieron universal renombre entre el mundo científico de entonces, y solicitaban presenciarlas los más renombrados sabios de la época.

He aquí lo que dice sobre estas famosas disputas el renombrado doctor Balboa, uno de los teólogos de cámara que tomaban parte en ellas, en tiempos más posteriores, cuando ya el Arzobispo era Cardenal:

«Diré también lo que pasó después que fuimos llamados para casa del Cardenal, mi señor, el doctor Vergara y yo; el doctor Vergara para secretario, y yo para aquel ejercicio de letras y disputas que tenía

siempre en su mesa. El qual exercicio y disputa daba tanta autoridad á su persona y casa, que sonaba en toda la Christianidad; y concurrían á la dicha disputa tantos varones del Reyno, que no se tenía por letrado en Teología quien no fuera á la dicha disputa, porque había un banco grande así para los que defendían las conclusiones como para los que argüían. Y á mí me aconteció en doce meses continuos defender en cada día tres ó quatro conclusiones de Teología y Filosofía. Y por ser espectáculo tan admirable, muchos otros, sin los letrados, concurrían á la dicha disputa, sin Condes, Duques y Marqueses que comían con el Cardenal, mi señor. Y era este exercicio tan continuo, que no solamente estando de asiento, mas también caminando, abierta de ambas partes la litera, iban siempre los Doctores teólogos, de una parte y de otra, proponiendo questiones y averiguando la verdad de ellas, y esto era la plática y comunicacion de todo el camino, como si estuviéramos de asiento. Y esto nunca cesaba, sino es quando las Compañías de hombres de armas, que estaban aposentadas en los lugares, salían con sus capitanes á presentarse delante del Carde-

nal, mi señor, arremetiéndose en escuadrones por darle contento (porque era tan aficionado á las armas como á las letras y virtud) y después que habían hecho su salva, el Capitán llegaba á la litera á besar las manos al Cardenal mi señor, y despachábale graciosamente, y luego los Teólogos tornábamos á nuestro exercicio de letras.

Y los Doctores Teólogos de su casa éramos tratados muy honradamente y nos mandaba siempre dar sillas de respaldo en su cámara, tratando con nosotros familiarmente, como compañero y no como señor. El exercicio de letras no sólo se tenía á la mesa en la comida, lo qual era tan público como está dicho, mas también era mucho mayor el exercicio de letras á la noche en secreto en su estudio, concurriendo á él los Doctores que éramos sus criados. Porque tuvo este orden de vida en todo el tiempo de su Gobernación (de la Monarquía) que luego que se levantaba de comer, se sentaba por espacio de quatro horas á oír y comunicar con los Consejeros del Reyno sobre la provisión y gobernación de lo que era menester para el mismo Reyno, y después de haber acabado se entraba á su re-

tiramiento y para recreación y alivio de su trabajo se ponía á estudiar, las más veces en las partes de Santo Tomás, y en otros libros sagrados. Al punto de las seis éramos llamados los Doctores criados suyos para que entrásemos donde él estaba, que era en su estudio, adonde por espacio de dos horas, y otras veces hasta que era hora de cenar, estábamos en el ejercicio de las letras, proponiendo cuestiones gravísimas, y diciendo cada uno su parecer sobre ellas, y él resolviendo y dando su parecer el postrero de todos. El qual parecer, en lo que tocaba á la Sagrada Escritura, era muy acertado, porque era en ésta muy sabio y exercitado.»

Aquel aspecto de sencillez y pobreza monástica que el arzobispo Cisneros conservó en su casa y persona, chocó desde luego con las ideas de la época, y puso de relieve el lujo vanidoso de los Canónigos, que procuraban realzar su dignidad más con su ostentación y aparato, que con la práctica de las virtudes cristianas.

Acusaron, pues, á Cisneros de menospreciar la dignidad episcopal y de dar más importancia á su cogulla de fraile que á su Mitra de Arzobispo, y tales cosas hicieron

y dijeron, que lograron al fin que el papa Alejandro VI dirigiese á Cisneros el siguiente Breve:

«AL AMADO HIJO FRANCISCO, ARZOBISPO DE TOLEDO, ALEJANDRO PAPA VI

»Amado hijo: salud y Apostólica bendición. La Santa Militante Iglesia, imitando á la Jerusalén celestial, tiene para sus diferentes jerarquías diferentes ornatos ó señales exteriores de su autoridad, en los quales ornatos, así como se puede prevaricar por exceso, también puede delinquirse por defecto, según entendemos que no lo ignoráis. Agradable es á Dios y laudable la observancia conducente á cualquier estado ó jerarquía: Por cuya razón toda suerte de personas (y principalmente los Prelados de la Iglesia) deben con la mayor exacción, procurar, así en la vida, costumbres, y procedimientos de lo interior, como en lo exterior del porte, que no sean notados ni censurados, ni de soberbios por el fausto pomposo, ni de supersticiosos por el abatimiento nimio, como sea fuera de duda que uno y otro extremo envilece y desacredita no poco la autoridad de la Eclesiástica disci-

plina. En esta consideración, habiéndoos elevado la Silla Apostólica de estado inferior á la dignidad y jerarquía de Arzobispo, os exhortamos que cuidéis de arreglaros exteriormente al porte conducente á vuestro estado en vestido y familia y en todas aquellas exterioridades que adornan para el respeto de los inferiores, la Dignidad de vuestro Oficio, así como vivís para con Dios (según le tenemos entendido) en el ornato interior de vuestra conciencia.—Dado en Roma, en San Pedro, al anillo del pescador en 25 días de Diciembre de mil cuatrocientos noventa y cinco, en el año cuarto de nuestro Pontificado.»

El autor de la *Crónica Franciscana*, de donde copiamos este curioso documento, añade como único comentario: *Creo que de estos Brebes se hallarán pocos en los Protocolos Pontificios.*

FIN DEL LIBRO PRIMERO

BIBLIOTECA DE "RAZÓN Y FE"

EL REINADO DEL CORAZÓN DE JESÚS

Ó LA DOCTRINA COMPLETA DE LA

B. MARGARITA MARÍA

SOBRE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

FOR UN

P. OBLATO DE MARÍA INMACULADA

Capellán de Montmartre.

Prólogo y versión castellana de la 2.^a edición francesa

FOR EL

P. Luis María Ortiz, S. J.

Cinco tomos en tres volúmenes en 4.^o mayor con unas 560 páginas cada uno. Precio: 14 pesetas en rústica y 18 en tela inglesa.

«Obra verdaderamente monumental. Es una suma ascética que nos transmite el Corazón de Jesús por medio de su sierva predilecta la Beata Margarita María.

ÉXITO DE LA OBRA.—Apenas apareció en público fué arrebatada por todas las clases de la sociedad, traducida á varias lenguas y difundida por todas partes. Más de cuatrocientos obispos enviaron al autor sus felicitaciones. Pocos libros han merecido tan universales elogios.

EL CRISTIANISMO Y LAS IMPUGNACIONES DE SUS ADVERSARIOS

FOR EL

Dr. CRISTIANO HERMANN VOSEN

VERSIÓN CASTELLANA SEGÚN LA QUINTA EDICIÓN ALEMANA

por el **P. JUAN DE ABADAL**

de la Compañía de Jesús.

Un tomo en 4.^o mayor, de 807 páginas, 10 pesetas en rústica y 12 en tela inglesa.

La obra de Vosen, como dice una revista alemana, es *utilísima* á los *eclesiásticos* y á los *seculares*; es un *arsenal* en que los primeros hallarán gran copia de materiales para la enseñanza y la predicación; y los segundos, si son hombres de pluma, encontrarán armas de buena ley para las luchas cotidianas, y en todo caso se instruirán y prevendrán contra los peligros crecientes que amenazan á la fe. Los *maestros* y *educadores* de la niñez y juventud verán aquí propuestos en forma á la vez popular y científica los *grandes problemas* que agitan el mundo, y con cuya solución han de familiarizarse las inteligencias tiernas, antes de entrar en las grandes luchas de la vida. Venta exclusiva de esta obra para los países fuera de España: B. HERDER, Friburgo de Brisgovia (Alemania.)